

A LOS ARRENDATARIOS del Teatro Español sus verdaderos inquilinos.

¡Oh, muy noble condestable
de la casa de Mendoza!
¡Oh, María que, aunque moza
parecéis bien poco amable!
Sin vos bien me podré estar,
como me estuve hasta aquí,
que gente que contra mi
tanto rigor sabe usar,
que, en su condición ingrata
de mi lado se desvía
y, por llenar su alcancía,
como á un extraño me trata
y mi muerte solicita,
de poca importancia fué
que su ayuda no me dé
si el ser teatro me quita...

¡Oh noble Ramón Guerrero,
mueblista ayer, noble en ciernes,
si esos lunes y esos viernes
que te han valido el dinero
no me los hubieras dado,
no me quejara de ti,
pero una vez dados, sí,
por habérmelos quitado;
porque aunque el dar la acción es
más noble y más singular,
es mayor baja el dar
para quitarlo después.

SEGISMUNDO, príncipe de Polonia.

Con respeto los llevad
á las casas, en efeto,
del Concejo, y con respeto
una multa les echad
de las gordas: y tened,
con respeto, gran cuidado
de que el contrato anulado
se quede, y luego otro haced,
que aquea gente, es razón
que sufra y pague; y después,
con respeto, á todos tres,
María, el otro y Ramón
si vuelven después de dos
años ó tres, en efeto,
con muchísimo respeto,
los silbaré, juro á Dios.

PEDRO CRESPO, Alcalde de Zalamea.

¿Que sois nobles? Es engaño.
¡Nobles procurar mi daño!
¡Nobles dejarme sin gente!
No puede ser: y á su alteza
el público aquí ofendéis,
pues defectos le ponéis,
que es una extraña baja.
¡El público os ha de estar
halagando y manteniendo!
De nuevo en esto me ofendo;
y os tengo de patear.
Aunque más me porfiéis
y aunque á otro año volváis,
no en mi esperanza pongáis,
ni de él dinero esperéis.
Rey es él, y sacras leyes
condenan á culpa estrecha
al que imagina ó sospecha
cosa indigna de los reyes.

BUSTO TAVERA, en la Estrella de Sevilla.

El conde de la Banqueta,
antes D. Ramón Guerrero,
no lo es por su casa, que es
por negocios que él ha hecho.
Es más bien gordo que flaco,
desvalido, macilento;
muy cortísimo de bolsa,
y no más largo de cuerpo;
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luengos,
muy bajos de empeine y anchos
con sus juanetes y Pedros,
zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos, verdimoreno,
tres pocos, desaliñado
y cuarenta muchos... eso.

Es hombre que hace contratos
como el del Ayuntamiento
y cuando no va á su gusto
(y cuenta que ahora va al pelo)
sale con mil triquiñuelas,
con lo de «quiero y no puedo».
Y además tiene otra gracia,
que es el hombre tan estrecho
que de regalo no diera
ni su abono ni el del yerno.
Estas damas, son sus partes,
contadas de verbo ad verbum,
esta es la carta que os traigo
y este el informe que tengo.
Conque, así cantar podéis
loores de los Guerreros.

CABELLERA, gracioso de «Entre bobos anda el juego».

INTERVIEWS DE GEDEÓN CON POLAVIEJA

—De manera que se muda usted, mi general.
—Sí, señor; Sacramento, 5.
—¿Qué Sacramento es ese.
—Una calle.
—¡Ah! vamos; porque si era el bautismo ce-
lebraría que no se lo rompieran á usted en la
mudanza.
—No, señor; se trata de mi domicilio parti-
cular é interino, mientras preparo mi viaje á
Sevilla.
—Usted ha vuelto del revés el refrán. Ahora
diremos: Quien perdió su silla, se fué á Sevilla.
—Sí, señor; pero ¡que me quiten lo bailado!
—Es cierto, se acabaron los jueves de Bue-
navista, que eran—y dispense usted la fraseci-
lla—como el complemento estereoscópico de
los jueves de Gedeón.
—Poco á poco; mis jueves seguirán en la ca-
lle del Sacramento.
—Sí, pero ya no serán cosa del otro jueves.
Y ahora, vamos á cuentas, mi general; ¿por-
qué no lo dijo usted antes?
—¿Qué?
—Lo de la dimisión.
—Si lo dije en seguida. Apenas nos avista-
mos en el Consejo. El primero fué Villaverde,
el segundo yo.
—Pues ahí voy; ¿por qué no lo dijo usted
antes?
—¿Antes que Villaverde?
—No, señor; mucho antes.
—¿En la calle?
—No; si no se trata de aquel día, sino de me-
ses atrás. Porque usted es hombre de resolucio-
nes firmes, de carácter entero, de convicciones
serias...
—Eso, eso...
—Pues entonces, ¿por qué no lo dijo usted
antes?
—Pero ¿cuándo?
—Antes de veranear, Don Camilo, antes de
veranear. Esas cosas se piden á tiempo.

CON AZCÁRRAGA

—¿Qué trae usted de bueno al ministerio, mi
general?
—Traigo mi nombre político. Usted se acor-
dará del famoso *Directorio*.
—Sí, señor; sé perfectamente que es usted el
general del *Directorio*, como Weyler el del *Te-
rror* y López Domínguez el del *Consulado* ó de
la Embajada que nunca llega.
—Ya saben ustedes lo que yo he hecho.
—Sí, señor; embarcar más gente que el Ca-
pitán Araña. Con tales precedentes se aguarda
que consiga usted embarcar á Tetuán y á los
suyos en este gobierno, que para eso está re-
cién calafateado.
—Se hará lo que se pueda.
—¿Y de economías?
—Allá veremos.
—Una pregunta, mi general. Se indicaba
para la cartera de Guerra al general Delgado
y ha entrado usted; ¿lo contrario precisamente!
¿No vé usted en esa noticia un anuncio para
lo porvenir? ¿No pudiera resultar que el verda-
dero general Delgado lo fuera usted después
de las desazones que le aguardan?
—¿A mí?

—Sí, señor. ¿Ignora usted que Silvela sigue
en sus trece, mejor dicho, en sus cuarenta mi-
llones de economías?
—Lo sé.
—Y ¿usted cree que llegará á los cuarenta?
—Hombre; yo creo que los ha cumplido hace
tiempo.

Octubre.

Este año la caída de la hoja coincide con la
caída de Polavieja.

Da pena ver los jardines del palacio de Bue-
navista; desnudos los árboles y arremolinadas
por el viento las hojas caídas del famoso Mani-
fiesto que un día lució sus verdes.

Los hongos (como Tetuán, Romero, Wey-
ler y otros así), sustituyen á los sombreros de
paja en la indumentaria masculina, y los teji-
dos de algodón desaparecen para dejar libre el
campo á las telas gruesas.

Por eso Silvela echa mano de Azcárraga,
que es lo más grueso que se conoce en materia
de ministros de la Guerra.

Se abre el curso académico, se abren los
teatros, se abren las Cámaras á fin de mes.
El invierno se presenta de par en par.

Habrán carreras de caballos, y en ellas toma-
rán parte el país, que es el verdadero caballo
blanco, y las economías, que son el caballo de
batalla.

Del 12 en adelante son las fiestas de Zara-
goza, con un variadísimo programa, que no es
el de las Cámaras de Comercio. Entre otras no-
vedades, los zaragozanos tendrán ocasión de
escuchar *Lohengrin*, y se espera que entiendan
perfectamente á Wagner los que han entendido
á Paraiso y á Joaquín Costa.

El día 15 es Santa Teresa, y D. Práxedes
el hombre de la suerte. Con eso tiene otro pre-
texto para quedarse en Avila unos días más.

Conforme avanza la estación, van men-
guando los días, los amigos de Polavieja y las
esperanzas de López Domínguez.

En cambio crecen cada vez más las noches,
la patria potestad de Martínez Campos y el nú-
mero de los sellos separatistas.

Octubre es el mes de la caza. Mella y Ce-
rralbo tienen ya preparada la escopeta.

El día 31 de este mes ¿saben ustedes que fes-
tividad celebra la iglesia?

La de San Quintín.

Pero no hay cuidado ninguno. Podemos
reírnos de los almanagues, como Ferreras se
reía de los termómetros.

Los inmortales de Gedeón.

VE. TURA RUIZ AGUILERA

LA LOCOMOTORA....

que lleva y trae á Silvela.

¡Paso á la rauda
locomotora!
¡Paso, que es hora
de crisis ya!
Echando chispas
y armando cisco,
á D. Francisco
lleva al lejano
San Sebastián.

—¿Y hoy dónde irá?

¿Dónde fué el noble padre Padilla?

—¡Más allá, más allá, más allá!

Porque á estorbarle
nadie se atreva,
la Filocalia
consigo lleva,
y lee en voz alta...
¡Es muy truhan!
Y por que todo
pareja forme,
Rancés sostiene
maleta enorme
de chistes viejos